



La noche en Lisboa I

Me dejo

Nos despedimos como imagen del cine francés: el tren que se aleja, el silbato y dos manos lánguidas diciéndose adiós. Fui caminando desde la estación hasta Catedral. Como era todavía verano, la plaza estaba llena de turistas haciendo fila para tocar la frente del Santo Santiago. Tomé una caña en una de las terrazas mientras observaba el trajín y discurrí viajar a Finisterra.

La única razón para ir a Finisterra era que en mi recuerdo tenía la imagen (vista en un póster en alguna parte) de un hombre meditabundo, de pie, en un peñasco, mirando un bravo mar esmeralda y las grandes letras "Finisterra, el fin de la tierra", del Consejo de Turismo de España.

Volví al departamento de la Rua Rosália da Castro. Recogí mis cosas y encontré olvidada junto al buró la pequeña maleta de viaje de Carmen. Ahí estaban sus

minucias: un juego de cosméticos, un reloj, sus aretes, un anillo, sus tarjetitas de presentación y la copia de la obra que iba a audicionar en Málaga y que ella pensaba significaría algo sólido en su carrera. Gocé un rato con el percance, y pensé, además, que podría sacarle algún dinero a aquellas minucias.

Coloqué la maletita junto a mi mochila. Me tendí en la cama esperando a la vieja gallega que iría al mediodía para entregarle el apartamento. La casera hizo unas cuentas no muy claras que no me importaron mucho y el resto del depósito se convirtió prácticamente en todo mi capital; suficiente para tirar por ahí un par de semanas.

Tomé el autobús a las cuatro de la tarde. Fue bordeando la costa por una carretera llena de curvas y puentes para las rías, a través de montañas pobladas de eucaliptos y pinos. El autobús se detuvo en un pueblecito llamado Muros. Cuando reanudábamos el viaje le pedí al conductor que se detuviera. Vi una taberna que me recordó las tabernas vikingas. Decidí tomar un trago ahí. Al fin y al cabo era lo mismo ir a Finisterra que a cualquier parte. "Un solo trago", pensé, igual que siempre "para pensar qué hacer".

Estaban llegando las barcas de los pescadores. Mujeres con pañuelas de colores peleaban por comprar las mejores piezas. Atravesé la calle llena de olor y entré a la taberna y a ese ambiente denso y sofocante de

todas las tabernas gallegas: olía a pescado frito y a Lulas empanizadas, mezclado con tabaco y el humor de los clientes; casi todos pescadores y unos cuantos turistas.

Pedí un bagazo portugués. Me acodé mirando a la mujer tras la barra: tenía una cara muy hermosa, pero puesta sobre un cuerpo ancho, rotundo y cargado de espaldas como una campesina; sus manazas limpiaban un pulpo arrancando las entrañas.

En la barra estaban dos viejos con gorras gallegas, flacos y arrugados. Brindé con ellos, los vi reír con sus bocas desdentadas, y tiempo después estaba abrazándolos hablando una jerga entre portugués, gallego y español. El fuerte aguardiente me había embotado; algo me dolía dentro, me abría en canal a merced del filo de la nostalgia: el ardiente verano de Madrid, la fotografía que conocí antes que a ella, la alcoba en la casa de corte galdosiano en la esquina de Yeseros y Bailén; una mujer en el momento exacto en que dejará de ser joven y el rostro resquebrajado por esa fatiga interior de los artistas fracasados.

Y tiempo después, que debió ser la madrugada, bailaba girando lentamente con la tabernera. Y tiempo después unos brazos flacos y correosos me llevaron en andas por un estrecho pasillo. Creí que me botarían a la calle, pero subieron una escalera y me dejaron sobre una cama grande y maciza, donde me sumí en el sueño profundo de la borrachera.

Cuando desperté, ella estaba en el cuarto. Había dejado sobre el buró una taza con un caldo que todavía humeaba. Me incliné sin decir nada y bebí unos sorbos. Cuando regresé la taza al buró descubrí un vaso de aguardiente. Lo bebí de un trago, también sin decir nada. Sentía ese horror de todas las resacas: tendría que pagar aquellas atenciones y al hurgar en mis bolsillos encontraría que ya no había nada de dinero restante. Era un cuarto de piso de madera machihembrada, y las paredes eran gruesas canteras medievales. Había una ventanita ojiva por donde se veía que entraba la tarde del día siguiente al que había llegado. Pretendí que estaba adormilado y no muy consciente de cuanto pasaba alrededor. Ella se quedó allí, de pie. Tímidamente, como si fuese quien invadía mi privacidad, comenzó a desnudarse; al despojarse de las ceñidas ropas sus carnes de desbordaron, al recorrer su cuerpo con la mirada se encontraba uno con la maravilla de unos piececitos perfectos como los de una niña. Se acostó suavemente en el borde de la cama, se envolvió con la sábana y se dispuso a fingir que dormía.

Tiempo después, que no supe si fue una hora o un cabeceo, se movió y respiró profundamente. Me sentí atraído por el monte de carne perdiéndose en el laberinto del sueño. Me apoyé en el codo para ver de cerca la epidermis, el tejido sin arrugas, los poros muy abiertos por donde se sentía que aquella piel respiraba

como respiran los animales del fondo del mar. Toqué la carne y me pareció de una materia parecida al caucho o la esponja; mis dedos se hundían hasta la coyuntura, y cuando comenzó a moverse adormecida era como un recipiente con agua que provocaba oleadas de carne moviéndose al impulso; un bebé gordiflón, blando y sonrosado que se tiró un largo pedo; una ballena blanca que pareció despertar de su letargo y con sus ojos adormilados pedía la caridad de un poco de amor.

La fui besando lentamente. Luego ella me besó. Luego nos enroscamos en un amor que nos hizo sudar haciendo que en aquel viejo cuarto de canteras medievales se formase una humedad salitrosa hasta llegar a descubrir que en realidad estábamos sumergidos en el agua y que cada vez que la ballena emitía sus quejidos de placer de su boca emergían burbujas que iban a reventar al techo.

En el tiempo que estuve ahí confirmé que la vida de taberna o prostíbulo es ideal para un escritor, suponiendo, claro, que éste en verdad escriba. Por la mañana y hasta el mediodía hay una tremenda paz y silencio en los que se puede trabajar, y por la noche se puede observar a la curiosa fauna humana desenmascarada por los rituales del alcohol.

Nos levantábamos tarde. Ella preparaba el desayuno y comíamos en la mesita puesta junto a la cama. El desayuno incluía una garrafiña con aguardiente. Luego

de desayunar ella se metía a la pequeña bañera y cantaba una canción gallega, siempre la misma. Bajaba a ordenar la taberna y a dar órdenes a la empleada para abrir exactamente al mediodía, y yo me quedaba arriba, sentado frente a la ventana ojiva, apoyado en la meñita donde ordenaba las cuartillas: a la izquierda las borroneadas, a la derecha las blancas. Permanecía ahí, mirando perdido a través de la ventanita, sintiendo lentamente cómo el alcohol me iba provocando la sensación ardiente y confortable y me dejaba vagar el pensamiento hacia la nada, preguntándome por qué seguía haciendo ese falso ritual de escritura, y por qué me sentía tan bien ahí, frente a los tres viejos libros de mis autores admirados y frente a esos apuntes e intentos de cuentos que ya nunca escribiría.

En las madrugadas o en la hora de la siesta hacíamos el amor. La amaba con una energía terca, desesperada, envidiando en ella esa manera de vivir sin que nada perturbase el incesante repetir de sus días, pues así era la vida desde siempre y nada arrastraría su ternura ni su mansedumbre. Por las noches bajaba a la taberna. Sentándome en un apartado rincón bebía observando a la gente, imaginariamente indolente y perezoso como se siente un hombre después de un jornal de trabajo. Ella me dejaba al pasar alguna tapa, una cerveza o un vaso de aguardiente y yo fingía no darme cuenta cuando susurraba a los parroquianos: "Es un escritor

que está hospedado aquí, en mi casa... oh sí, se pasa el día encerrado, escribiendo... oh sí, esas gentes son excéntricos, sí... sí... excéntricos..."

A veces bailábamos canciones mexicanas y otras veces me mantenía aparte en el rincón del bar, silencioso, para dar pie a la fama de excéntrico.

Pero un día, bebí de más y discutí con un joven pescador en quien descubrí secretas ambiciones literarias. Hice lo que nunca debí haber hecho, o mejor dicho, lo que nunca habría hecho en mis cinco sentidos: traté de demostrar que era un escritor de verdad. Saqué de mi cartera el recorte de periódico donde años atrás, en México, el funcionario fulanito de tal me entregaba el Premio Nacional de Literatura Joven, y vi, demasiado tarde y horrorizado, que el papel se había vuelto un trozo amarillento que comenzaba a desintegrarse. Traté luego de liarme a golpes con el joven. Nos dimos de puñetazos por encima de la mesa. La pelea no prosperó por la intervención de un viejo. Subí a la habitación fingiéndome más borracho de lo que en realidad estaba. Furioso decidí que me iría al día siguiente a cualquier parte.

Por la mañana tenía un hematoma en el pómulo, sentado en la bañera revisé la deshojada agenda de direcciones: algunos estaban tachados; no querían saber nada de mí ni yo de ellos. Otros se habían perdido en alguna parte y no había vuelto a tener noticias;

otros más pululaban en el rastro de Madrid vendiendo baratijas, otros sobrevivían a duras penas en París haciendo cualquier trabajo. Los fui eliminando uno a uno. Al final me quedé dudando entre París y Lisboa. Podía largarme a París. Pero no tenía suficiente para llegar a París. Además ¿quién me quedaba en París? Sólo tenía un arrugado billete que sobrevivía en el fondo de mi bolsillo. Cuando ella se fue al mercado espié el autobús desde la ventana. El autobús llegó a la plaza, tomé mi mochila y la maleta de viaje de Carmen y salí sin despedirme de nadie. Afuera tuve esa sensación de que la vida es una repetición infinita de instantes: en el puerto estaban entrando otra vez las barcazas de los pescadores y las mujeres con pañuelos peleaban por las mejores piezas. Atravesé la calle llena de olor y no volteeé una sola vez a mirar la fachada de la taberna.

Llegué a Vigo a las cuatro de la tarde, justo a tiempo para saltar al tren de Oporto. Era un tren decrepito, como un tren de alguna revolución latinoamericana, pintado de verde, los asientos rotos, las llaves del lavabo atascadas, nada funcionaba como debía. Media hora después había cruzado la frontera y me había despedido de España; al diablo con España. Cuando comencé a sentirme mal me arrebujé en el asiento haciendo esfuerzos de concentración para no sentir la resaca.

La tarde ensangrentada fue tomando un color amarillo. Después de un estado etílico de semanas, la

resaca me iba provocando una especie de triste congoja. Miraba arrebatado en el asiento los pequeños poblados que el lento tren iba pasando, con sus antiguas fábricas o sus puertos con sus grúas y factorías convertidas en carroña oxidada. Después, invariablemente, seguía el casco antiguo del pueblo, con sus paredes de piedra gastada, y enseguida, e invariablemente también, las nuevas fábricas, las nuevas empacadoras, las instalaciones modernas con sus sirenas hambrientas y su enorme estacionamiento.

A pesar de la resaca iba posesionado de esa manera de sentirme fascinado desde siempre por el hecho de trasladarme de un punto a otro sobre la tierra. Tenía la boca seca y sentía náuseas, pero seguía mirando como un niño el paisaje pasando a través de la ventanilla.

Cayó la noche. Llegando a Oporto salí a la estación. Bebí dos cervezas en la primera cafetería que encontré abierta y cambié dinero español por portugués. En esa calle aledaña a la estación, llena de vendedores de baratijas y de comercios en abarrotes donde colgaban sartas de bacalao seco y salado, reconocí algo: el viejo olor portugués.

Regresé corriendo a la estación justo a tiempo para abordar el tren a Lisboa. Lo último que vi de Oporto fueron las barcazas de madera con sus espectaculares velámenes navegando bajo un puente del Duero.

Y entré dormido a Lisboa.

La estación de Santa Apolonia es un andén con anuncios de bebidas y una enorme pizarra con los destinos enmarcados en luces de neón. Afuera, en la desembocadura del río Tajo, buques descansan anclados y pegados al borde y son en la noche enormes sombras silenciosas e inmóviles en la calma de las aguas, y más allá, un mar ancho y opaco, discreto, manchado de aceite, surcado una y otra vez por los remolcadores. Salí a la noche en Lisboa y me sorprendió la marea de Mercedes Benz, negros y clásicos, desfilando con sus brillantes anuncios de neón y la palabra en el capacete taxi, taxi, taxi. Salí a la noche en Lisboa y eran distintos rostros y manos con el índice levantado taxi, taxi, taxi, y yo sonriendo, sudando el escalofrío de la resaca, con la mochila al hombro, el maletín con cosas de mujer en una mano y la otra mano dentro del pantalón apretando en el puño las escasas monedas. Tres mujeres me miraron fijamente, eran hindúes y sus rostros estaban cubiertos. Los vendedores de hachís murmuraban chocolate, chocolate, y los gitanos vestidos de negro se detenían y abrían una mano mugrienta para mostrar una bolsa de plástico con marihuana. ¡La ciudad! ¡Estaba otra vez en una ciudad! ¡Decadente, sucia, llena de locos y fracasados! La calle de la derecha subía empinada hasta coronarse con un viejo mausoleo de piedra calcárea. Entre la estación y el mausoleo la calle estaba sembrada de anuncios luminosos: dormidas, pensao, sala de jantar, bar, restauran. Pero no había olor a puerto ni a río.

Olía a Lisboa.

Me acerqué a preguntar precios a las modestas pensiones. De lo alto de la calle se veían las luces del puente sobre el río, y las luces del otro lado del puente donde había plataformas petroleras.

Volví a la estación.

El enorme reloj a la entrada funcionaba: eran las doce y veinte. Fui a la sala de espera. Estaba llena de borrachos y vagabundos. Algunos dormían ocupando tres asientos. Otros seguían sentados mirando el trajín y otros se habían acomodado en el piso y dormían a pierna suelta: la sala apestando. Bebí una Coca-cola de la máquina. Me puse a observar a los pocos que iban y venían por los pasillos. Finalmente me recosté ocupando varios asientos, puse mi cabeza sobre la mochila y apretando el maletín de Carmen sobre mi pecho fingí quedarme dormido haciendo la ilusión de estar en una mullida cama, sintiendo que ya amaneció, una mujer hermosa ronda con los pies descalzos, y yo, ardoroso de la piel por haber estado todo el día expuesto al sol tropical, siento las sábanas rozándose agradablemente.

Pero lo que sentí fue un golpe de cachiporra que pasó ardiendo la gastada baqueta de mis botas.

—*Arriba! Filos da puta, que esto nao es a pensao o um hotel!*

Era el policía de la estación gozando su pequeño poder de cada día.

Comenzamos a movernos como topos en la luz, llegando de la lejanía del sueño, volviendo de las riquezas materiales o espirituales con las que soñábamos para aterrizar en la miserable noche sin lugar y para soportar la cara fofa del policía mirándonos con desprecio.

Los últimos pasajeros terminaban de salir apresurados. Entre los empujados por el vigilante había algunos andrajosos y descalzos, arrastrando su mugrienta cobija. El gordo los apresuraba gritando e insultando. De pronto, me distinguió entre todos: uno nuevo. Encajó la cachiporra en mis costillas con un golpe duro y seco: ¡andá!, ¡andá!, gritó. Tuve por un momento el instinto de defenderme y quise empujar al policía a la fosa de las vías, pero una mano me detuvo tomándome del brazo.

Era un hombre de algunos cincuenta años. Extraordinariamente bien parecido, como un maduro actor de la Paramount. Vestido con gabardina y ropas color caqui. Al verlo pasar uno pensaría en un viajero internacional, pero al tenerlo cerca y observarlo detenidamente se caía en cuenta que sus ropas eran viejas y gastadas, que estaban raídas y con mugre acumulada en el roce del bolsillo, en el puño, en el cuello... hablaba una mezcla de español y portugués con marcado acento francés. Me llevó con suaves ademanes haciendo el gesto que ignorara al policía. Salimos a la

noche en Lisboa que anunciaba el acercarse lento del invierno. El último taxista se marchaba. Nos quedamos ahí, bajo la cornisa exterior. Afuera estaba una mujer vestida con ropas coloridas como una campesina portuguesa, sucia, descalza, y su rostro, que debió haber sido hermoso allá en su juventud, estaba poblado de pelos en la barbilla y en el bigote; pelos largos y negros.

Casi todos se conocían entre sí, hablaban como viejos camaradas. A la mujer la llamaban "duquesa" burlonamente. Salió el último de la estación. El gordo policía nos vio a todos con desprecio y procedió, ceremoniosamente, a cerrar. El francés decía: "¿habla usted español?" y sin esperar respuesta continuaba: "yo mañana me voy a la France, ¿sabe usted?" Solamente espero a que salga el tren internacional de la mañana y... mañana me voy, ¿sabe usted?" Se movía nerviosamente. Se cerró la puerta y la mujer vestida como campesina le gritó algo al gordo policía que hizo reír a todos. El gordo, ofendido, entreabrió la puerta y contestó.

Eso fue todo.

La calle estaba desierta. De entre las oscuras calles laterales de cuando en cuando aparecía otro de aquellos habitantes de la noche. No sabía que esperábamos, pero sabía que esperábamos algo. Todos tenían puesta su atención hacia una casona llena de yesería y cerámica en su fachada; una antigua mansión portuguesa

convertida en una ruina cuya herrería había escurrido su herrumbre.

Veíamos todos hacia esa casa, pacientemente. La puerta se abrió. Dos perros galgos salieron retozando. Eran de un color amarillo tan fuerte que parecían fosforescentes. Los perros distinguieron al grupo y se acercaron moviendo la cola y olisqueándolo todo con esa alegría de los animales que pasan el día atados o encerrados. Un hombre salió también de aquel portón tan grande y barroco como la puerta de un castillo. El hombre silbó buscando a sus perros. Iba vestido con capa negra, peinaba una gran cabellera recogida hacia atrás. Era extremadamente delgado, vestía mallas y zapatillas y caminaba parsimoniosamente mostrando que en su juventud debió haber sido torero o trapecista. O Rei, O Rei, lo llamaban, profesándole admiración que ignoró por completo. Silbó otra vez y los perros ladraron corriendo hacia él.

En cuanto el hombre y sus perros doblaron la esquina, todos fueron corriendo hacia la casa. El primero en acercarse forzó la cerradura de un leve empujón. Pensé que acaso intentaban robar, pero había demasiada familiaridad en sus gestos. Cuando abrieron el gran portón el interior reveló una bodega de cartón y papel usados.

El francés fue también. De vuelta trajo unos trozos de cartón y unos trozos de plástico transparente. Todos

habían cogido ese mismo material: plástico y cartones. El francés trajo unos trozos también para mí. Entonces, con ese instinto gregario de los seres humanos, nos dividimos en bandos: allá en una esquina oscura, que no alcanzaba a guarecer el alero por si llovía, se juntaron los viejos borrachines, con sus ojos opacos y tristes tendieron los cartones, se taparon sus mugrientas cobijas y protegieron amorosamente sus botellas de alcohol. En mitad del lugar, frente a una puerta clausurada de la estación, se tendieron los locos, la duquesa, el viejo abismado y otro par llenos de tics y murmuraciones. Y del otro lado nos tendimos los desgraciados de paso, los que al otro día nos iríamos a la France o a un gran Hotel, los que creímos que había todavía un futuro esperándonos en alguna parte. Coloqué los cartones, me tendí, me puse la mochila como almohada y cubrí mi chaqueta con un periódico y encima puse el plástico.

Dormir cubierto con periódico y el plástico encima es la mejor arma contra la intemperie. El plástico no deja entrar el rocío de la madrugada, y por dentro estás protegido con tu propio calor. Me quedé dormido respirando mi propio aliento. Desperté una vez y vi a la duquesa y al francés de pie, un poco más allá, donde el edificio hacía un recoveco ochavado. Hablaban a susurros. Ese lugar era usado como urinario y pestaba. El francés dio una mirada para comprobar que todos los vagos dormían. Se bajó los pantalones, levantó las

faldas de la mujer y la abrazó de espaldas para poseerla de pie y frenéticamente durante unos segundos. Ella parecía tratar de detenerlo, no para alejarlo, sino para hacer más duradero el instante. El francés terminó, se fajó los pantalones y se alejaron uno del otro como si se repugnaran.

Cerca de las cinco de la madrugada algunos se sentaron para apoyar sus espaldas en la pared, hablar a susurros y mirar a la gente que llegaba a la parada del autobús para ir a sus trabajos. La gente de la parada se veía amanecida y amodorrada. Separados por la calle nos mirábamos los dos bandos con igual odio y lástima.

A las seis de la mañana se pusieron de pie casi todos. Sacaron sus colillas dando la primera fumada del día con aparente indolencia. El francés me movió creyendo que dormía. Me hizo la señal que me levantara. Recogió los cartones y el plástico y fue a llevarlos a la casa de donde los había tomado. Todos y cada uno fueron a llevar obedientemente sus cartones y plásticos. A las seis en punto se abrieron las puertas de la estación y fuimos todos en tropel como si entráramos a laborar a una factoría. Los vendedores de periódicos ordenaban los diarios y los primeros pasajeros llegaban apresurados. Fui con los otros y nos sentamos en la sala de espera de donde un día antes nos habían echado. Vimos pasar al gordo policía haciendo su última ronda, sin su poder nocturno parecía un globo desinflado.

En unos momentos más la estación estaba en su trajín de todos los días. Los vagabundos se fueron desperdigando a andar las calles. Fui al baño, me hice un aseo superficial, me cambié de camisa y me sentí fresco y con ganas a no ser por las secuelas de la resaca con su nerviosa tristeza. En los mapas turísticos fuera de la estación señalé una ruta. En la siguiente esquina hablé por teléfono. La mujer que me contestó parecía no entenderme cada vez que pronunciaba el nombre de Rocha. Colgué y a un hombre que pasaba le explique como pude mi situación. Le pedí que hablara a aquel número. El hombre accedió. Volví a marcar. Habló en portugués un momento, asintió un par de veces y colgó. No, Rocha ya no vivía ahí, eran nuevos inquilinos y no sabían a donde había ido a parar Rocha. Esas dos monedas fueron el café que no tomé. Me uní a la multitud que caminaba por la avenida. Caminando se abrió la Plaza de comercio marítimo. Una explanada con una estatua al centro, rodeada de pórtales de piedra blanca, y arriba de los portales los edificios del gobierno con sus ventanales y sus obras maestras de herrería escurriendo su herrumbre, dando la impresión que las fachadas están chorreteadas de sangre y que la brisa del mar y las palomas se han dado a la tarea de ir desintegrando el fabuloso pasado portugués agobiado por los tiempos nuevos. Las palomas vuelan entre el estrépito de los tranvías que anuncian dentífricos con

un rostro de muchacha hermosa en el costado. Negros, blancos, mulatos, deambulan la plaza, los turistas se detienen a ver zarpar los remolcadores, la multitud baja del tranvía y corre para alcanzar el transbordador que los llevará al otro lado del río. Transbordadores color naranja. Una mujer negra, con ropas raídas, tuerta y con una mano tronchada, pide caridad mostrando su fea suerte. Un hombre camina y grita algo, y entre todos circula un joven con un collar del que penden media docena de agujas hipodérmicas usadas y con restos de sangre seca, lleva un cartón anunciando que pide caridad para salir de drogas, está completamente intoxicado y avanza como un alma errante y desesperada. Del mar llega un olor a podrido. El río es un río de chocolate, lleno de basura, donde los pájaros marinos equivocan su vuelo y atrapan la basura que flota en el pequeño oleaje. ¡Hambre!, dice el letrero de un viejo junto a una columna al que nadie hace caso. Cruzo tiendas y restaurantes de toda clase con su extraña proliferación de peceras puestas en la calle mostrando langostas y peces vivos listos para cocinarse. Llevo mi carga a través de la gente, deambulo sin desesperación. Al mediodía me siento junto a la estatua de Fernando Pessoa y pido un café en La Brasileira. La gente está en sus discusiones y no puedo conectar ni una mirada. Algo tiene que sucederme porque toda la vida me ha sucedido algo en el último instante.

Pero cayendo la tarde estoy de regreso en la estación, sintiendo que ha llegado el día en que nada va a sucederme en el último instante.

Me quedo en la puerta. Llevo una bolsa de papel con un pan que pienso compartir con alguien.

Cerca de las ocho veo acercarse al francés. Avanza entre la gente con aquel formidable aspecto elegante. El francés me saluda jovial. “¿Qué conseguiste?”, me dice. “Nada”, le contesto. El francés se encoge de hombros como si dijera: “y yo tampoco”. “Ven”, me dice, “comamos un poco de pan”. Saca de su gabardina un pedazo de queso envuelto en una grasa bolsa de papel. El queso tiene la marca de sus dientes. Mete el queso dentro del pan y hace una señal que volverá pronto. Cuando regresa trae una botella de vino barato. Vamos a sentarnos al rincón ochavado y apesado a orines donde un día antes fornicó con la duquesa. Nos sentamos en ladrillos sueltos, bebemos a tragos de la botella y nos repartimos los pedazos de pan con queso. El vino pronto nos hace sentir alegres. El francés habla y habla su verborrea combinada de idiomas sin dejar de repetir “yo mañana me voy a la France, mañana me voy...”.

—Por qué no escribes algo que se venda, algo para el diario, para la línea caliente, algo lucrativo... —me decía Carmen—. Si eso es lo que mejor sabes hacer, úsallo también para sobrevivir y no ir pasándolo con cualquier cosa...

-No entiendes nada -le contestaba-, no entiendes nada...

Pero hacía mucho tiempo que ya ni siquiera buscaba historias, que ya ni siquiera me fijaba en los detalles de las cosas, me aferraba a su compañía, y fingía amor, y me sentaba en la mesa de trabajo con aparentes bríos corrigiendo mi libro de cuentos, mi novela siempre a punto de terminar, mientras ella asistía a clases de actuación, estudiaba y servía mesas y buscaba infatigable una oportunidad y los dos seguíamos a la espera de becas y recursos y del gran futuro que estaba cada vez más lejos, porque uno podía estar entre esos burgueses, llenos de lugares comunes e ideas estereotipadas que nunca leyeron, ni leerían, los maravillosos libros que hacían a uno sentirse diferente del resto del universo, y sentir un poco de lástima, y despreciarlos ¡Pero qué asquerosa era la realidad! Vivíamos entre todos esos argentinos, chilenos, peruanos, mexicanos, que habían leído los mismos libros, que tenían las mismas ideas, los mismos años terminando su novela, los mismos años pintando sus cuadros, los mismos años pidiendo las mismas becas, los mismos años perdidos en Europa.

Pero aun así todavía era capaz de asombrarme. Dimos vuelta el francés y yo atravesando la Plaza de comercio y entonces lo vi, en mitad de la gran explanada, a un hombre chaparrito, de ojos muy azules, con capa y sombrero de mosquetero y plumas terciadas

a la valona. Las palomas lo rodeaban y volaban sobre él como si les diera de comer. Pero lo que estaba haciendo era maniobrar una caja negra montada en un trípode: era un fotógrafo de turistas. Parecía un mago. Recordé vivamente a mi abuelo contándome de aquel pueblito minero en México, y del fotógrafo que surgió de entre la tropa para fotografiar a un hombre a punto de ser ahorcado. Me detuve frente a él. El fotógrafo se metió bajo el paño negro. Cuando quise alzar la mano para decirle que no quería que me tomase la fotografía, el fotógrafo alzó a su vez la suya para sacar un pajarito de hojalata amarrado a una cuerda: el pajarito hizo su cometido de impedirme hablar: cobró vida haciendo chip...chip... chip... con la otra mano el hombre accionó la cámara que iluminó un flash haciendo ¡plof! con un humo de harina. El hombre maniobró dentro de la caja negra, sacó la fotografía húmeda y la colocó en el pico del pajarito de hojalata para que se seca. Las fotografías eran enmarcadas en una estampita de cartón simulando un estilo antiguo y barroco, como era la intención del fotógrafo y su indumentaria. En cuanto se secó la extendió y me cobró. Pagué. Me quedé sin un centavo, helado, no habría más dinero. Nada más. Me quedé con la fotografía en la mano, la mochila al hombro y el maletín de Carmen en la otra. Me vi ahí, en la foto, haciendo ese gesto extraño con la mano alzada, como si quisiera impedir que cayera sobre mí el paso del tiempo.

Pasamos Barrio Alto, lleno de bares y tabernas para el Fado y turistas en busca de lugares típicos. Entramos a uno de los barrios pobres de la ciudad. El francés decía: "Los pobres viven siempre a ras del suelo, fíjese usted." La gente estaba en las banquetas, en los batientes de las puertas, pero no había niños jugando en la calle y haciendo alboroto como en las ciudades latinoamericanas. El francés dijo: "En realidad los pobres son un negocio. ¿Lo sabía usted? Sin pobres no hay ricos. Y fíjese usted: Cuando los pobres dejan de tener hijos, es cuando una nación comienza a extinguirse."

Torcimos por una calle oscura hasta llegar a un portón con un candil de luz débil. Era una entrada larga, con las paredes pintadas de rosa de aceite. En lugar de cancel había dos cortinas anudadas, y una barra con una contrabarra llena de botellas ambarinas. Raquel estaba ahí, tras la barra, con los ojos marcados por grandes ojeras y embarrados de rimel. Fumaba mostrando unas manos huesudas y verdosas.

Era un burdel de pobres, lleno de putas viejas y borrachas. Algunas de las mujeres eran negras de Cabo Verde y estaban pintarrajeadas y con pelucas. Las mujeres portuguesas blancas llevaban plumas clavadas en diademas clavadas en sus cabezas. En el fondo tres hombres con aspecto de jornaleros hablaban a susurros mientras, inclinados sobre la mesa, cada uno abrazaba a una mujer.

Tomamos una de las mesas. Raquel se acercó, mirándome.

-¿De dónde sacaste a éste? —preguntó al francés.

El francés la abrazó y le acarició las caderas hablándole de "negocios" y al mismo tiempo me miraba de reojo y sonreía.

Raquel hizo una señal a un viejo afeminado y maquillado que se acercó. Le habló discretamente. El viejo miró de reojo el maletín de Carmen bajo la mesa. Más allá una de las mujeres que acompañaban a los hombres se carcajeó, con la cabeza levantada refiéndose a su boca roja, llena de saliva, los dientes podridos y el humo del cigarrillo que salía de su garganta parecía venir de un incendio interior.

El francés tomó el maletín de Carmen y se fue con el viejo maquillado a la parte interior del bar. Raquel regresó a la barra. Me llevó una copa de bagazo y la dejó sobre la mesa. Me levanté, me acerqué a la bodega y vi al francés y al viejo afeminado discutiendo el precio de las cosas del maletín de Carmen. Volví a la mesa. El humor del lugar era cálido y pegajoso. Pensé que las cosas de Carmen bien valían la noche, y hasta quizás me quedarían algunas monedas para el día siguiente, así que brindé con más entusiasmo. Le dije a Raquel que le invitaba una cerveza Sagres. Raquel trajo la Sagres y se sentó a mi lado. Apuré el bagazo. La Wurlitzer tocaba una canción de moda que se oía en todas las calles de

la ciudad. En ese momento entraron dos hombres más. Llevaban gorras portuguesas. Uno era un viejo barbado y sucio, y el otro un muchacho con una guitarra en la mano. La cantina se llenó con sus voces y ruidos. Me puse de pie y al instante olvidé para qué me había levantado. No he comido bien en estos días, pensé. El muchacho de la guitarra se sentó ruidosamente en una de las sillas junto a la mesa. Comenzó a cantar y todos se volvieron a mirarlo. Su voz opacó la Wurlitzer. Tenía una hermosa voz. A media canción los parroquianos fueron retomando sus conversaciones y dejaron al muchacho y su canción. El viejo barbado parecía terco en conversar conmigo sin darse cuenta que yo no entendía su verborrea. Miraba de reojo al muchacho de la guitarra, dándome cuenta que el muchacho dirigía su canción: la buscaba con la mirada mientras cantaba. Raquel se paraba para atender la barra y volvía a sentarse para beber su Sagres. Raquel sonrió una vez y mostró que le faltaba un diente. El muchacho de la guitarra terminó de cantar y acercó su silla a la de Raquel. Trataba de hablarle dulcemente y ella lo ignoraba; era el patético, el triste, el eterno enamorado de la mujer pública. El francés regresó sin el maletín. Sonreía feliz. Se sentó, pidió una botella de aguardiente y brindó. Levanté mi copa también y sentí la agradable felicidad alcohólica por un instante. Mi mano iba constantemente a la copa y la copa a los labios y el alcohol iba abrazándome y

la cabeza me pesaba y todo era más fácil. Alguien me tocó en el hombro. Giré mi cabeza. Era el fotógrafo de la plaza. Llevaba sus bártulos en la mano. Muy cerca su rostro del mío. Los ojillos azules, turbios y casi bizcos, un palillo girando en la boca, el rostro blanco, viejo y afilado, de gesto torcido. Sentí algo horroroso. Recordé otra vez a aquel fotógrafo del que hablaba mi abuelo: el fotógrafo surgiendo de entre la tropa para fotografiar a los ahorcados de la guerra cristera como un enviado del futuro o de la muerte y su hálito de ser extraordinario. Pensé que quizás fuera el mismo hombre, un judío errante, inmortal y vestido ahora de mosquetero ridículo: esa cara llena de arrugas, como dominada por una vida perseguida por la fatalidad. El fotógrafo se acercó a mi oído como para hacerme una confidencia, pero las voces que discutían no me dejaban oírle.

Repentinamente el francés sacó una navaja de entre su gabardina y la navaja se enterró en el abdomen del muchacho de la guitarra. Una vez y la sangre, otra vez y la sangre. El francés gritaba como si cada vez que hundía el cuchillo fuera él quien sintiese el dolor. Dio un último golpe y salió corriendo y todo pareció igual durante unos segundos hasta que alguien gritó. El viejo barbado y dos hombres más corrieron persiguiendo al francés y Raquel gritaba que arrastraran al muchacho a la calle. El muchacho agonizaba con los ojos abiertos, asustados y brillantes, y manaba la sangre formando

una mancha a su lado. El viejo maquillado gritaba: "¡recójanse putas! ¡putas carajitas!". El taconeo de las mujeres sonó como un tropel. Me sentí llevado por la inercia, como si caminara por la calle de una gran ciudad. Cuando cobré conciencia estaba en un cuarto oscuro, húmedo, que olía a orines escurridos en un rincón. Una respiración caliente me daba sobre la oreja. Supe que estaba en un cuarto lleno de mujeres. Estaban sentadas igual que yo: en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared y los pies tocando algo parecido a una cama. Era una cama. Y en la cama estaban otras mujeres. Hablaban a susurros. En los susurros se sentía el hálito del alcohol y la infantil sensación de estar jugando a las escondidillas. Una botella pasaba de mano en mano haciendo ruido: la tomaban, bebían y luego la pasaban. Cuando la botella llegó hasta mí se hizo un silencio. Fue como si pudieran verme en la oscuridad y se dieran cuenta que ahí, entre ellas, había un extraño.

-¿Quién es? -preguntó una.

-El de negro -contestó otra.

-¿El del maletín de mujer?

Entonces recordé mi mochila. La había dejado bajo la mesa. Sentí el aguardiente barato quemándose las tripas. Pensé salir a buscar la mochila. Pero no. Me quedé quieto. La lluvia comenzó a tamborilear el techo. Era un techo de láminas de zinc. Una de las mujeres hacía ruido reprimiendo una risita borracha. Las otras

murmuraban entre sí. Sentí cómo la respiración a mi lado iba agitándose. La respiración se acercó más y me besó. Sentí la boca gruesa y podrida, la rugosa piel de hombre embarrada de maquillaje. Me levanté de golpe, tratando de huir. Pero estaba a oscuras, estaba ciego. Pisé manos y piernas y las mujeres gritaban maldiciendo. Encontré la puerta y golpeándola encontré la cerradura. Abrí. El aire fresco invadió mis sentidos. Era un pasillo largo y angosto y lleno de llovizna. La luz de la lámpara de la calle penetró hasta el cuarto; vi de reojo al pelotón de putas borrachas renegando como si la luz las destruyese. Fui trastabillando tratando de ubicarme. Entonces pensé que era un juego. Todo era un juego. Alguien encendería la luz y al encenderse la luz se encendería otra vez la luz de mi vida. Crucé otro pasillo oscuro con la sensación de deambular por los corredores de una casa parroquial o un convento. Salí a un corral y vi una barda de adobe derruido. Era tan baja que de un impulso me apoyé para saltar a la calle. Fui dando tumbos por la estrecha y solitaria callejuela y por entre la llovizna.

La calle estaba demasiado empinada y no sabía cuánto tiempo había transcurrido. ¿Desde cuándo? ¿Desde que mi mujer me había dejado? ¿Desde que había saltado una barda? ¿Desde que me había ido de España? ¿Qué país era éste? Estaba borracho, borracho como Malcolm Lowry; borracho como el payaso de

Hemingway. Me sostuve en un poste, resbalé y caí pesadamente en la banqueta sin sentir ningún dolor. Vi que los rieles del tranvía pasaban por esa calle. Pensé esperar ahí para tomar el primer tranvía de la madrugada. ¿A dónde? Tenía ganas de orinar. No podía levantarme: era una cucaracha agonizando de espaldas; era Gregorio Samsa, el escarabajo de Kafka, o una tortuga bocarriba; una camisa de cuello de tortuga que tuve hacia tiempo, negra, ¿dónde había quedado? ¿En qué hotel? ¿En qué ciudad? Y oriné: ¡al diablo con todo!, dije, ¡al diablo! Sentí los orines tibios escurriendo entre mis piernas, entre mis ropas. Conforme escurrían iba invadiéndome la gran paz. Mi cuerpo se relajó, emití un suspiro de placer como el maridito después del compromiso conyugal disponiéndose a dormir y dije: ¡Oh!, entonces la paz es orinar cuando se tienen ganas... no señor... la paz es... por fin... un día... dejar de... la paz es... por... fin... un día... dejar... no señor... la paz es...

La noche en Lisboa II



Me dejo nos despedimos como imagen del cine francés: el silbato, el tren que se aleja y dos manos lánguidas diciéndose adiós, ese día en que fui personalmente cargando la maleta rumbo a la estación del ferrocarril en Santiago después de que le dije ya no te quiero y es que yo ya no te quiero en la mesa del desayuno le dije esa mañana en silencio sufriendo una resaca espantosa, los ojos hundidos, irritados, la boca seca, lívido, una cucharada y otra de almuerzo y le digo, fresca, fría, cruel, triste, llorosa, yo ya no te quiero, te dejo y ya, ya te dije que me perdes, le digo, serio, cortante, era inevitable, era necesario pedir perdón, sin humillarse, sin lloriqueos, para que nadie odie a nadie, el que se humilla pidiendo perdón odia al que perdona y el que perdona odia su perdón, así que vamos a decir adiós con valor, tengo resentimiento hacia él, tratándome así, emborrachándose así. ¿Qué se cree?

¿Escritor maldito? Se sueña escritor solitario, alejado, pero no es más que un resentido, tiene miedo, no ha vuelto a escribir nada bueno, y está acabado, o más bien es eso, nunca escribí nada bueno, porque al principio uno es joven, y uno es bueno en lo que hace cualquier cosa que haga porque uno es una promesa, y ella, en el último instante, ese detalle, esa edad, lo vi en la luz de la estación, la piel que al día siguiente va a entrar en su madurez, pero por lo pronto todavía es joven, las pequeñas arrugas que pronto serán su ruina son ahora, todavía, gesto de belleza atormentada, una actriz, una última oportunidad en Málaga, esas arrugas convenientes para una actriz de carácter, sí, y para el soñador que se siente atraído por el tipo trágico, la trágica y el escritor; la pareja de artistas en Europa frente a un último tren que llega y acomoda la maleta sobre el portaequipaje antes de bajar como si esperara algo, pero no hace, no hago, no hacemos el intento de besarnos, ni siquiera tristemente, no me soporta, no lo soporto, no quiero voltear pero la veo sentada mirando al frente no quiero voltear y lo veo de pie en la estación. ¿Dos manos lánguidas diciéndose adiós? Mentira. ¿Dos manos lánguidas diciéndose adiós como en las películas del cine francés? Mentira. Ni que fuera el Expreso de Oriente por Dios. Es un vulgar tren pintado color naranja maquinaria, ésa es la verdad, no adornes tu historia, es un tren sin clase. ¿Qué amantes pueden despedirse

lánguidamente en un tren pintado de naranja maquinaria? ¿Qué amantes pueden despedirse en un tren que no arroja humo? No levanté la mano, no dije adiós, me arrepentí de haberlo visto en el último instante, nos vimos a los ojos, él yéndose, triste, sin humo blanco como en las grandes películas, ahora los trenes son eléctricos, trenes silenciosos, ecologistas; la ecología está matando todos los efectos cinematográficos con los que crecimos, ese humo blanco que envolvía al protagonista mientras se escuchaba un romántico silbato y el grito del porter ¡vaaaaamonoos!, y comenzaban a aparecer los créditos, ese humo del cigarrillo que corría por el rostro del galán viendo alejarse a la mujer de sus sueños, adiós a todo eso, sólo unos años en común, unos años perdidos en Europa soñando, nada del otro mundo, bah, ya se ha hecho antes, ya se ha fracasado antes, ya puedo irme a pique tranquilamente sentada frente a una vieja gallega vestida de negro que se dirige al pueblo siguiente porque de todo eso no quedó nada, de ese tiempo en común nada, terminé formado en la fila de turistas de la plaza del Obradoiro pensando en otra cosa, separados, ella ya en el tren y yo en la calle, como antes, cada uno en su cuarto, juntos, haciéndonos el amor, cada uno en su cuarto, en silencio, odiando al otro, creyendo que el otro es el que cree ser grande e incomprendido sin merecerlo, vivir juntos un sueño durante un tiempo y mira que la pobre cree que está a

punto de vivir su última oportunidad. ¿Por qué la última? Hay papeles para actrices maduras, ¿no? También es peligroso eso, ¿no crees? Quedarse aquí demasiado tiempo. ¿Y a qué volver?, dime. ¿Acaso están los editores esperando tu regreso? Tampoco están los teatros de México esperando el tuyo ¿o sí? Cada uno en su cuarto creyendo que el otro es el que está equivocado. Después de que toco la frente del santo Santiago matamoros o mata-indios salgo a la plaza del Obradoiro en este día espléndido en que todo tiene la certeza de la última vez porque, vamos, yo no seré como esas atricidas que consiguen todo ofreciéndose, ah, la vieja historia, el gran descubrimiento, vaya, vaya, el momento importante, la hora marcada, el joven aspirante a artista se da cuenta que el mundo está corrompido y lleno de intereses, mira, la oportunidad que te niegan se la dan a otro, así es, un mundo cruel. ¿Qué no dijimos que era algo que tenía que ver con lo divino? ¿Quién dijo eso? ¿Yo? Tomo un aguardiente, luego una caña y regreso, vamos, alguien te ve y te descubren y ¡zaz! ¿Crees que es así? Ésas quieren fama, lucir el palmito, no les interesa la actuación de verdad. Me lo imagino escribiendo apresuradamente en un último intento. La imagino en el tren. Cosas que atraigan a lectores europeos, un poco de atención, un golpe y ya está, regresas siendo una celebridad, un personaje, un triunfador, vamos, ya eres célebre, el gran artista conquistador de Europa. ¡Uy sí!

¡Colón a la inversa! Y entonces regreso a la Rua Rosalía da Castro y voy en el tren rumbo a Málaga y busco en el asiento, y nada, busco mi maletín de viaje y nada, ni mi maletín de viaje ni las hojas que había impreso para estudiar camino a Málaga eso que por fin puede ser algo firme en mi carrera y encuentro el maletín olvidado en la cama y en el maletín maquillaje, bisutería, parafernalia femenina, su reloj y ese escrito que puede ser algo sólido en su carrera tirado sobre la cama mientras espero a la casera que me entrega el depósito de la casa, y recuerdo que mi padre, por ejemplo, admiraba a Hemingway y a John Steinbeck y ésa es la razón por la que tengo sus fotografías pegadas con tachuelas en mi rincón de trabajo. ¡Dios mío, cómo pude olvidarlo! Ahora pienso diferente, ahora pienso que Hemingway era un payaso vanidoso, mi padre y aquel agente viajero conversaban sobre libros y escritores bajo la sombra de una parra, y ahí quedó sellado mi destino: seré escritor, pensé. Hemingway en *Las verdes colinas de África* costeándose un viaje publicitario para ser el escritor-machito que bebe un whisky rodeado de sirvientes-hombres-niños-negritos inferiores que rodean al Hemingway-hombre-blanco-superior mientras "papá" (ya de por si resulta ridículo que alguien insista en que los demás le digan "papá") bebe y reflexiona sobre cacería mientras hace que su mujercita-esclava-siempre-pendiente-de-papá-para-servirle-u-ordenar-que-los-

negros-le-sirvan-afirme sus propias teorías literarias que no es otra que la siguiente (y que seguramente al payaso de Hemingway le pareció una exageración decirlo él mismo por lo que lo pone en boca de su mujercita-sirvienta): "papá es el mejor de los escritores norteamericanos". ¿Y eso qué? Se promocionan a sí mismos. ¿O a poco crees que alguien va a venir a sacarte de tu casa? Esto es una competencia también. Promócate, métete en el medio, relacionate con gente, haz algo, algo, en la actuación no es lo mismo porque para demostrar lo que vales como actriz necesitas una obra interesante, un buen papel, un buen público, un director, son muchas cosas que se resumen en una oportunidad que llega una sola vez en la vida o nunca llega, yo así lo creo y por eso a las cuatro de la tarde ya estoy a la salida de Santiago esperando un autobús para ir a Finisterra mientras en el apartamento suena el teléfono muchas veces. ¡Desgraciado contesta! ¡Necesito mi maleta de viaje con mis maquillajes y mis cosas! ¡Voy a hacer el ridículo! Y piensa, sonriendo a medias porque en el fondo, allá en el pasado, la amó, y amará su recuerdo en el porvenir, sonríe pensando en ella sin sus cosas, por fin una oportunidad largamente acariciada y llega a esa ciudad lejana del sur, esa ciudad desconocida, y se para frente al productor, nerviosa, consciente de estar haciendo el ridículo, y le dice extravié el texto y mi pequeña maleta de viaje con mis pequeñeces, mi

maquillaje, mis aretes, mi reloj, mis objetos femeninos, y no tuve tiempo de repasar mis líneas en el camino, ni de maquillarme, vaya, ni arreglarme un poco, pensaba hacerlo en el viaje. ¿Sería tan amable de darme un día más, unas horas, un lo que sea de tiempo para memorizar las líneas y arreglarme bien? Es que yo, acabo de romper con mi pareja, un escritor, ¿sabe usted? Uno de éstos que vienen a Europa a escribir, a París, que fue donde nos conocimos, una oportunidad, sólo eso, una oportunidad, es lo que pido, por culpa del estado de tensión nerviosa en que vivo olvidé el texto porque iba a terminar de estudiar en el camino y olvidé mis joyas y mi maquillaje y mis adornos femeninos y todo eso que me hace sentir segura y no quiero sentirme insegura en esta oportunidad de hacer algo firme en mi carrera y es que sucedió eso, peleas, disgustos, un sabor a hiel en la boca, llanto, nerviosismo, tomar la decisión, usted sabe, no es fácil, decidir, yo ya no te quiero, le dije, por fin salió aquello, sinceramente, como una cosa que tenía atorada desde hacía tiempo, y esas pocas hojas ahí, como un león muerto, una frase de Hemingway. ¿Sabe usted? Él la decía, un texto terminado es un león muerto, a él se la aprendí, ¿sabe usted? Llegamos de París a España juntos con los mismos sueños, juntos, convertirnos en artistas importantes en Europa, como Picasso o Rivera, como artistas de Montparnasse. Pero nunca llegamos a

Montparnasse. Más bien nos fuimos de París por ser tan caro. Nos fuimos a Madrid y nos estancamos en Galicia. O más bien Montparnasse ya no existe. Él se estancó en la novela de nunca acabar porque ¿a quién se le ocurre? ¡Señor mío! Si no obtengo lo que quiero, improviso. ¿Si? digo, hago, actúo, escribo, otra cosa. ¿Si? Sólo para demostrar, que vean de qué estoy hecha, pero ya no hay tiempo, si lo vas a hacer hazlo ahora, como sea, con o sin maquillaje, sin reloj, sin haber repasado las líneas en el camino, como sea, si no será demasiado tarde, todavía tienes una oportunidad si te envío ahora mismo el maletín, es posible enviarlo por DHL, pero ¿cuánto cuesta?, digo. ¿Cuánto valen sus minucias, su relojito, su maquillaje barato, su manuscrito teatral, digo, y le llamo a su móvil y le digo que está en camino su maletín que ocurría a la oficina de DHL en Málaga y que ¡qué buena acción! Llega a Málaga y llega a tiempo, o quizás ya no, demasiado tarde, mejor llegar un poco tarde, pero es mejor llegar un poco tarde que llegar con las manos vacías, desaliñada, y entonces salgo a la calle y tomo la decisión cargando mi mochila y su maletín de viaje con sus cosas de mujer dentro dirigiéndome al fin de la tierra Finisterra pero antes beberé en Muros un trago, uno solo porque me dejó, se fue, en un tren naranja, esta mañana cuando el autobús corre en dirección contraria al tren donde ella se va, el manuscrito y su maletín se alejan en dirección contraria y yo leo unas

líneas del guión y veo las Rías que se desbordan metiéndose como brazos amorosos de agua en los bosques de eucaliptos y pregunto en Muros si ahí, en esa pequeña ciudad, hay una oficina de DHL, podría llamarla para informarle mañana estará ahí tu maletín y en efecto así lo hice y le dije al conductor del autobús deténgase voy a bajar y bajé en la siguiente estación antes del teatro sintiendo que ahora estaba sola, sola, sin saber qué iba a hacer ahí, sola, sin saber qué iba a pasar, qué me iba a pasar si no me daban el papel, qué iba a hacer si lo quería a él y lo odiaba a él y no conocía otra cosa desde hace tiempo más que a él y él a mí y yo a él, porque él y yo nos representábamos el uno al otro y por eso ya no nos soportábamos, y por eso ahora vago por las calles de Málaga sin decidirme a hacerlo, sin saber qué hacer. ¿Presentarme así y esperar simpatía de esa gente? O esperar que mientras ella se dirige a comer algo en esa calle cercana al teatro Alameda yo me dirija a la taberna de Muros que está ahí, como un sueño apacible, invitándome a entrar, la puerta abierta ante mí, del otro lado de la calle, como diciendo, ven, entra, sólo una copa, una sola y seguirás tu camino y deja de estar buscando el teatro Alameda y dedícate a otra cosa y acepta tu fracaso y busca un hotel donde hospedarte porque rompí con mi pareja, no sólo de cama, no sólo de sexo, sino de sueños, rompí e iba a iniciar una nueva vida con ese viaje a ninguna parte con ese papel que me

estaban ofreciendo, pero no era un papel el que me estaban ofreciendo, era una audición y había una larga cola de actricitas esperando audicionar. ¿Y todas estas actricitas? ¿De dónde salieron? Pero no era necesariamente una cosa como para descorazonarse. ¡Pues cómo no! Y ella que pensó que le ofrecían especialmente, sí, especialmente, el papel. ¡A mí! ¡Exclusivamente para mí la audición! Como para que ahora resultara que iba a competir con un medio ciento, o sea que la audición era de minutos, un minuto, si acaso, o sea que sus probabilidades eran remotas. Ni siquiera tenía un contrato firmado. ¡Ni siquiera tienes un contrato firmado! Él me lo dijo y atravesé la calle y entré a la taberna, total, dije, qué más da, si no hay una oficina de DHL, yo ¿qué puedo hacer? Y entonces entré al llamado, era ella, su nombre, después de tres cuartos de hora de hacer fila, y eso que la fila se recortó y las demás fueron citadas para el día siguiente pues era demasiado y ella alcanzó a entrar a pesar de haber llegado tarde, entró con su carta que decía que debido a la calidad de su trabajo la invitaban a presentarse a una audición con el productor y director de la obra, la pobre de mí, creí que era yo, en verdad, yo persona, yo mujer, la invitada, debido a la calidad de mi trabajo actoral, y resulta que todas las aspirantes tenían esa misma forma, esas mismas palabras, y había imaginado ella, la actriz que llegaría a un teatro desolado, con las butacas rojas,

dos o tres tramoyistas haciendo su trabajo ajenos a todo y ellos, el productor, el director, los asistentes, en medio del teatro vacío, esperándola y ella ahí. ¿Es usted? Sí, pase por favor, suba, sí, tienen fama de groseros, tienen prisa, poco tiempo, todo cuesta en teatro, dinero, todo, así que fue una ingenuidad, mire señorita, pues a todas les decían señorita, póngase así, camine para allá, diga alguna línea del texto. ¿Cuál? La que sea. ¡Solamente dígala! Deténgase ahí, camine de espaldas, muy bien, gracias, la llamaremos, siguiente, mientras que tú te colocas en la barra buscando al tabernero que en este caso es una tabernera tras la barra que muestra una cara muy hermosa puesta sobre un cuerpo ancho, rotundo y cargado de espaldas como una campesina y sus manazas limpian un pulpo arrancándole las entrañas y en la calle comenzaba a hacer frío y ella salió como una sirena alocada, no una sirena del mar, una sirena ululante de emergencia que llora a raudales. ¡Cómo pude equivocarme tanto! Poner todo en juego ante una nada, una nada mientras él ya está borracho y baila con la tabernera y tiempo después unos brazos flacos y correosos lo llevan en andas por el pasillo y lo arrojan sobre una cama y creyó que lo arrojarían a la calle como lo habían arrojado a la calle otras veces borracho y ella se mete a una pensión barata en Málaga, una pensión del centro, lúgubre y desolada, oliendo a desinfectante barato. ¿Y ahora qué va a hacer? Sumido en el sueño del

borracho y a partir de esta noche y las noches consecutivas duerme en esa cama sucia llena de lamparones de venidas de quién sabe cuántas parejas y ahora qué voy a hacer, sola, y mientras él piensa en la historia de un borracho que sueña con ser escritor y se le ocurre la idea de que si lo que mejor conoce es el ser un borracho, pues escribirá entonces la historia de un borracho que escribe que es un borracho que sueña con ser escritor y nunca escribe nada y mientras tanto duerme profundamente en la gran cama de la tabernera y ella piensa desolada que a pesar de todo le gustaría hablarle para contarle todo, pero él, terco, tonto, jamás ha aceptado tener un teléfono móvil, a duras penas aceptó usar la computadora, enviar *mails*, tener un correo, y sólo porque esperaba una respuesta de una editorial importante sobre su novela. Entonces registró un correo electrónico con sus iniciales y su fecha de nacimiento para esperar esa respuesta que nunca llegó y cuando ebrio les mandó un ofensivo correo diciéndoles que exigía que le contestaran algo. ¡Algo! le contestaron en un tono amable cuya amabilidad le dolió todavía más que si le hubieran contestado groseramente que por desgracia su novela no entraba dentro de su línea editorial, y él no deseaba otra cosa en la vida más que pertenecer precisamente a esa línea editorial, y entonces le dolió más mucho más que si le hubieran dicho que su novela era una porquería, al contrario, le dijeron

que su novela era muy buena, excelente, excellentísima y extraordinaria, pero, desgraciadamente, se sale de nuestra línea editorial, pero, desgraciadamente, le dijeron esas dos palabras, pero antes de esas dos palabras estaban las palabras “su excelente novela”, “su extraordinario trabajo literario”, y cuando leyó eso se le subió la sangre a la cabeza de la emoción y entonces leyó la siguiente palabra que estaba escrita en el párrafo más abajo y que decía “desgraciadamente”, y enseguida había un “pero” o quizás era primero el “pero” y luego el “desgraciadamente” y a ella, días después, meses o quizás años, le sucedió que al recibir esa propuesta se le subió igualmente la sangre a la cabeza cuando leyó “debido a la calidad de su trabajo actoral”. Quizás me vieron actuar en la obra de Madrid, ese papel secundario que hice, pequeño, pero me vieron, decía, eufórica. No, fíjate, sacaron tu nombre del registro de actores. Quizás. Nunca lo sabría, tirada sobre la cama de la pensión. Al parecer buscan a una joven, o quizás a una actriz que aunque tenga cierta edad dé el papel de joven sí, porque a veces las jóvenes no tienen experiencia, entonces quién da el papel es la actriz de más edad que luzca más joven y quizás pueda ser yo desaliñada, así fue como me vieron, desaliñada, quizás vieja ya para el papel, y estoy sola aquí tirada sobre esta cama y di el nombre y la dirección de esta pensión como domicilio o sea que no puedo irme de aquí hasta que se resuelva la audición mi

domicilio; es pensión tal por cual cerca del Perche. Y entonces despierto y la tabernera está en el cuarto con un tazón de caldo que todavía humea. ¿O es una taza? Me inclino sin decir nada y bebo unos sorbos y cuando regreso el tazón al buró descubro un vaso de aguardiente puesto ahí como un inocente vaso de agua pero no es agua, es aguardiente, el olor llega hasta mi deseo de alcohol y la resaca me agudiza los sentidos y ella se queda ahí, de pie, para luego, tímidamente, comenzar a desnudarse mientras él, yo, de lado, ella, boca abajo, con la espalda desnuda, finge dormir y de reojo alcanzo a verla despojándose de las ceñidas ropas y las carnes se desbordaron como agua de una presa, pero su cuerpo no ha perdido las líneas femeninas y es de un blanco de parafina que al recorrerlo con la vista se encuentra uno con la maravilla de sus piececitos perfectos como los de una niña y se envuelve con la sábana y se dispone a fingir que duerme soñando conmigo caminando las calles de Málaga para comer algo, sola, sintiéndome fea cuando el reflejo de los aparadores me devuelve la imagen de una cara crispada, sin maquillaje, pensando en la maleta que olvidé donde tengo mi diadema de colores con la que me gusta recogerme el cabello, qué ganas tengo de cambiar, de ser otra mujer, siento que mi sensación de soledad es adolescente, que al separarme de él fue como separarme de la casa paterna, salir por fin sola al angustiante mundo, siento que hay algo más que

me angustia, el deseo de liberarme, pero no de él, de otra cosa, eso es lo que siento y se dice ella en silencio lo que quiero es liberarme de lo que me atormenta, pero luego corrige y dice a sí misma, en respuesta, lo que quiero es liberarme de la esclavitud de esta idea, he sido esclava de una idea por años, un deseo, no he vivido una vida, he vivido una idea, un deseo irrealizable porque tengo que ubicarme en mi realidad, aceptar mi cuerpo, que me mueve con toda mi adiposa humanidad, ésta soy yo fingiendo estar dormida pero llena de deseo desde la tarde de ayer cuando lo vi entrar a la taberna y me dije anda perdido y se quedará conmigo un tiempo y siento cómo se levanta para ver de cerca mi epidermis, mi tejido sin arrugas, los poros muy abiertos por donde respiro como respiran los animales del fondo del mar, toca mis carnes y se imagina que son de una materia parecida al caucho o la esponja y sus dedos se hunden hasta la coyuntura y cuando comienzo a moverme fingiéndome adormecida soy como un bebé gordiflón, blando y sonrosado y se me sale sin querer un largo pedo, o mejor dicho, lo dejo salir libremente y eso nos da más intimidad de pareja que el sexo y que el amor porque se parece a la vida en común e imagina que soy la ballena blanca que despierta de su letargo y con mis ojitos adormilados le pido la caridad de un poco de amor mientras la actriz solitaria recorre las calles de Málaga diciendo luzco fatal y gracias a ella, a esa oportunidad de

algo sólido en su carrera, el destino me trajo un poco de amor, esta oportunidad en que él, yo, los dos amantes, nos besamos lentamente, luego nos enroscamos en un amor que nos hace sudar a los tres aunque ella esté lejos haciendo que en el viejo cuarto de canteras medievales se forme una humedad salitrosa hasta llegar a descubrir que en realidad estamos sumergidos en el agua y que cada vez que emito mis quejidos de placer de mi boca emergen eructos que van a reventar como burbujas al techo, mientras la pobre actriz confirma que la vida de artista da más cornadas que el hambre. Caminando en esa calle llena de tiendas de lujo, alguna vez tuvo sueños de vestir bien, hospedarse en buenos hoteles y jamás imaginó que a esa edad tuviera que comenzar de nuevo sintiendo más que nunca pánico ante la sola idea de regresar a su país donde nadie la espera y les ha contado mentiras acerca de su vida aquí mientras busca una oportunidad para confirmar que su destino es ser mesera, lo que mejor sabe hacer y lo que más ha hecho y si alguien le hubiera dicho, una saurina, cuando joven ¿quieres saber de tu vida? Yo hubiera contestado, viendo la posibilidad de saber, conociendo de antemano mi destino: me iré a Europa y seré mesera de barecitos y cafés, ése y no otro es mi gran sueño, o mejor dicho, otro es mi gran sueño pero ése es mi destino, hablar un poco de francés y actuar de vez en cuando en alguna puesta en escena y

luego sí, como no, mesear, libretita en mano, una pluma, anotar, dos cortados, una caña, tres tapas de serrano, una nata de postre y él confirmando en la taberna lo que dijo su maestro Faulkner, que la vida de taberna o prostíbulo es ideal para un escritor, eso suponiendo que el escritor escriba, porque éste, yo, tú, hace mucho que no escribes, pero aun así, compruebo cuán cierta es la frase, por la noche se puede observar a la curiosa fauna humana desenmascarada por los rituales del alcohol, si yo de eso vivo, de ahí proviene mi experiencia, de eso quiero hablar porque de eso escribieron mis autores admirados. Como si te pidieran actuar el papel de actriz fracasada y pobre harías entonces un gran papel y así nos ubicaríamos los dos en nuestra realidad, ¿no es así? Porque antes todo fue esperanza, ¿no es así? Porque ese día siguiente en que comenzó a llover en el veranito, ¿no es así? Entraste a todos los cafetines y barecitos del centro pelimojada y sintiéndote fea pidiendo trabajo y era que no había trabajo porque todo estaba lleno de sudamericanos y marroquines y negros africanos y te decían es que esto está lleno de extranjeros buscando empleo por eso no hay empleo para nosotros los extranjeros porque todo está lleno de extranjeros pidiendo empleo por menos dinero, pero vamos a ver, a lo mejor te hacemos un medio tiempo, mujer, algo para que te ayudes, mujer, mi juventud se ha acabado, se fue, una joven pidiendo

empleo, era yo, años atrás, era yo, joven y bonita, simpática, con los ojos brillantes, había llegada a Europa, quería ser actriz, estaba dispuesta a trabajar de lo que fuera, sirviendo mesas si era necesario, era yo porque en ese momento, a esa chica, como a mí, años atrás, me importaba poco trabajar de lo que fuera, de lo que sea, dice la chica, mientras encuentro algo en lo que quiero hacer. ¿Qué quieres ser? Actriz, dice, elocuente, sincera, sonriente, ingenua, dispuesta a comerme el mundo de una dentellada, era yo, y le dije, ven más tarde y me dije a mí misma, a la que fui, voy a hablar con el dueño, pero está difícil esto, esto está lleno de extranjeros, y la vi salir y dije qué vida tan dura te espera, o quizás no, quizás tú sí tengas suerte como no la tuve yo y por eso le preparaba amorosamente el desayuno y comíamos en la mesita junto a la cama porque como yo no soy actriz y no tengo que estar delgada y estoy gorda por la voluptuosidad con que me gusta comer y la voluptuosidad con que me gusta hacerle el amor a mi hombre le doy su garrafiña con aguardiente todas las mañanas para que ponga a su café negro pues mi instinto me dice que si lo mantengo borracho se quedará más tiempo aquí conmigo y luego de desayunar tan tarde me meto a la bañera y canto canciones gallegas que no es cierto como él escribirá después que yo cantaba siempre la misma, canto distintas canciones gallegas pero como él no sabe, no

conoce, el gallego, dirá que yo cantaba siempre la misma canción, desnuda con toda mi humanidad de fuera, todas mis carnes de fuera, porque me gusta mucho que me vea desnuda antes de bajar y dar órdenes a la empleada y él se queda arriba, sentado frente a la ventanita ojiva apoyado en la misma mesa en la que acabamos de desayunar y ordena cada mañana sus cuartillas que carga como una carga muy pesada y permanece así mirando perdido a través de la ojiva sintiendo lentamente cómo el alcohol le va provocando la sensación ardiente y confortable y le deja vagar el pensamiento hacia la nada preguntándome por qué me siento tan confortable ahí. Frente a esos dos o tres libros de escritores admirados por si quiero consultar algo, una línea, un diálogo, un cómo le hizo aquí cómo le hizo allá, y frente a esas hojas borroneadas y corregidas y esos apuntes de cuentos y novelas me entero que ella comparte habitación con la muchacha que ha llegado para ser actriz a la que le dice soy yo, tú eres yo, hace años fui tú y ahora no se lo digas a nadie pero estoy acabada y tú en cambio, joven y con sueños y esperanzas completas, eres yo, quizás tú sí puedes encontrar un papel porque hay papeles para todo tipo de actrices, no entiendo por qué te menosprecias y te consideras acabada si eres muy guapa y yo diría que tu rostro es muy interesante y te voy a llevar al teatro donde audicioné por ahí donde colocan los anuncios quizás haya algo para ti, para una actriz de tu edad y me

lleva por las calles y le digo que allá en mi ciudad cuando tenía su edad actué en varias obras y tuve mucho éxito y le muestro los recortes de periódico donde hablan de mi carrera prometedora y le muestro mi página web en un sitio de internet y mis fotografías y ella dice me gustaría hacerme algo así y sí me siento feliz de estar en Europa y la considero una buena amiga y me dice que se ha enterado que le dieron el papel a una equis, cualquiera, qué más da a quién, sólo importa que no es ella. ¿Qué voy a hacer ahora?, ¿qué voy a hacer? No te desesperes, yo dejo mi tarjeta, lleno solicitudes, pienso en irme, a París, pero el problema del idioma, aquí por lo menos puedes darte a entender y una noche me cuenta de él, que él está allá, viviendo con una tabernera a la que ama con una energía terca, desesperada, envidiando su manera de vivir, no es que la ama, me explica, es que envidia su manera de vivir, porque él, que ha vivido tanto tiempo en pos de eso que los cursis llaman sueños, admira que ella no tenga ninguno, él, que lleva una vida precaria y sin raíces en pos de un sueño, admira en la tabernera su vida tan simple pues ella no quiere ser otra cosa más que la tabernera del pueblo y espera que un hombre de vez en cuando caiga en su brazos sin que nada perturbe el transcurrir de sus días pues así es la vida desde siempre y nada arrastrará la ternura ni la mansedumbre de esa mujer que por las noches baja a la taberna y le dice

orgullosa a sus parroquianos que es un escritor que está hospedado ahí, su amante, se pasa el día encerrado, medio excéntrico, sí, esa gente es excéntrica, y que yo, la pobre, estoy acá, que sueño con ser actriz. Se fue a Málaga creyendo que las cosas serían distintas y no paró de hablar mientras sirvo mesas o estoy tras la barra porque éste es mi trabajo, pero luego me gusta estar en silencio, con él, que es callado también, silencio, paz, eso es lo que necesito para escribir, silencio, paz es lo que necesito para estar en un estado propicio a la escritura y es que todo hubiera sido tan fácil y hubiera seguido ahí por los siglos de los siglos amén, hasta morir alcohólico en ese pueblito perdido en la costa del norte y me hubieran enterrado en una fosa anónima y habrían puesto en la lápida aquí yace el amante de la tabernera y nadie habría sabido nada de mí, ni mi nombre, sólo que fui el amante de la tabernera que un día bebí de más y discutí con un joven pescador que había leído bastante y no me molestó que hubiera leído bastante, que hubiera leído todos esos libros que lo hacen a uno sentirse distinto del resto del universo, sino descubrir en él secretas ambiciones literarias, y yo no me hice ilusiones con él como ella con la joven actricita esa, yo no adopté a ese joven pescador con ambiciones de literato que podía ser yo mismo años atrás, no, yo lo odié, lo odié porque sentí lo mismo, sentí que era yo, altanero, juvenilmente prepotente, y entonces hizo lo que nunca

debió haber hecho el pobre hombre, o mejor dicho lo que nunca hubiera hecho en sus cinco sentidos, demostrarme que era un escritor de verdad y sacó de su cartera el recorte de periódico donde muchos años atrás el funcionario fulanito de tal le entregó en México el Premio Nacional de Literatura Joven, y vio, el pobre hombre, demasiado tarde y horrorizado, que el papel se había vuelto un trozo amarillento que comenzaba a desintegrarse y trató, furioso ante mi despectiva sonrisa, porque yo, joven, ufano, pescador, estaba decidido a matar al león fracasado, que ni a viejo ni a león llegaba, y yo, el joven leoncito español, trataba de destrozar al mexicano a sarcasmos y a golpe de sonrisas cínicas. ¿Leoncitos a mí?, dije y me le eché encima a golpes, nos separaron y salí de ahí fingiéndome más ebrio de lo que en realidad estaba para justificar mi ridículo y decidí, furioso, que al diablo con todo y me marcharía al día siguiente a donde fuera y él dejaría de ser pescador porque eso suena bonito en los cuentos y novelas pero es una vida tediosa y jodida, y él tenía que irse a donde suceden cosas importante e interesantes y no estar perdido en un pueblito español donde no sucede nada y entonces pensé en ella, en la mujer del escritor fracasado, en cómo la amaba él, en cómo le hubiera gustado que ella estuviera cerca y decirle vamos a tomar una caña, o un café, para contarte lo que me ha pasado, y para que me hables de tu amiguita-tú-misma-que-te-

has re-encontrado y que te ha despertado esa simpatía, para decirte oye, ¿no estás teniendo algo así como un arranque de amor maternal? ¿No decías que no querías hijos? ¿Es que te sientes sola? ¡Por Dios! La gente tiene sentimientos, deseos de ayudar, vamos no quieras mancharlo todo de psicología barata, la chica sólo quiere abrirse paso y si uno sabe lo difícil que es esto le doy consejos, y ya estoy aquí y no voy a regresar, hasta que me den una oportunidad, pero, ¿sabes qué?, hay un hombre, un músico que ha comenzado a rondarla, de hecho es un cliente del café-bar donde trabaja, un músico de jazz. ¿Y qué voy a hacer? ¿Crees que me voy a ir a Málaga a buscarla? ¿Para qué? Lo que éramos, lo que buscábamos, ya está acabado, tú eres muy joven, no sabes nada, yo voy huyendo fascinado por la sensación de trasladarme de un punto a otro sobre la tierra, la sensación que amo desde niño y tendré la boca seca y sentiré náuseas, pero seguiré mirando como un niño el paisaje pasando a través de la ventanilla y cayendo la noche llegaré a Oporto mientras ella está sirviendo mesas en la hora pico porque ahora la han cambiado a la hora pico porque hubo un lugar y ella, mi pupila, ha tomado mi lugar por la mañana y aunque gano poco de propinas me sirve para irla pasando mientras ella tiene una lista de audiciones, desde la oportunidad de hacer comerciales, hasta empresas de felicitaciones que contratan actores o empresas de payasos o promociones

empresariales para pararse en cruceros transitados para anunciar vestida de conejita o payasa una empresa telefónica y no me importa hacer de todo pues estoy aquí, en Europa, donde quería estar y luego en el verano tendré la oportunidad de viajar y quizás dentro de unos años seré como tú o como él que en este momento llega a Oporto y sale corriendo. Y en esa calle aledaña a la estación llena de vendedores de baratijas y de comercios en abarrotes donde cuelgan las sartas de bacalao seco y salado reconoce algo: el viejo olor portugués, justo a tiempo para abordar el tren de Lisboa y le pido que salga conmigo esta noche y espero a que termine su turno de trabajo y con mi estuche en la mano la llevo a tomar una caña y le digo que me gusta mucho y me dice que en realidad lo que ella quiere es llegar a ser una actriz reconocida y dejar de ser una actriz atormentada y le digo que soy músico y que en realidad lo que me gustaría más que nada es formar un grupo de jazz y yo hago de payasa en un crucero transitado anunciando una marca de telefonía móvil y varios patanes me piroporean con mi atuendo ceñido al cuerpo y ella sale de trabajar, recoge su abrigo, y se siente fea desde que se vino a vivir a Málaga y cuando sale la está esperando él con su gabardina y su estuche negro y le dice hola cómo estás y tiene esa cara que implica que está interesado en mí pero yo siento celos, pero tampoco tengo tiempo de sentir otra cosa que celos frente al río Tajo viendo los

barcos que descansan anclados y pegados al borde y son en la noche enormes sombras silenciosas en la calma de las aguas, y más allá, en la desembocadura del río, el mar ancho y opaco, discreto, manchado de aceite y surcado una y otra vez por los remolcadores en la noche y Lisboa y la marea de Mercedes Benz negros y opacos, y entonces, en ese momento, la besa en la boca, y ella, que desde hace años no había sentido más que mis labios, se siente extraña y yo salgo a la noche en Lisboa y son distintos rostros y manos con el índice levantado taxi, taxi, taxi, tomo uno y le pido que me lleve de regreso al comienzo de mi vida sintiendo un gran alivio porque estoy de nuevo en una ciudad, decadente, sucia, llena de locos y fracasados donde uno puede pasar desapercibido y me acerco a preguntar precios a las modestas pensiones porque yo sí tengo algo de dinero porque yo no tengo el vicio del alcohol y por lo tanto tengo para pagarme esta pensión de mala muerte mientras yo no tengo para pagarme ni siquiera una pensión de mala muerte y regreso a la estación y me mezclo con los borrachos y los vagabundos asombrado de la capacidad de resistir de la gente que no espera nada, y yo le digo, fingiendo, parece un buen tipo el músico, pero ella se sentía fea y quería que apagara la luz para hacer el amor y él le dijo que era amigo de cierta persona que estaba formando una compañía de teatro, pero que no creía que a ella le interesaría pues todo era a nivel amateur, y

yo me interesé muchísimo pero no quise darle a entender que me interesé muchísimo pues me estaba poniendo en un nivel más alto y dije te voy a pedir un favor es mejor que no se entere mi amiguita por el momento hasta que vaya y me dé cuenta de qué se trata y vea el nivel ¿sí?, y en eso veo que él se ha ido, se ha marchado sin decir adiós como me ha ocurrido siempre con los hombres, todos se van sin decirme adiós y me entristece pues había aprendido a quererlo y aunque él cree que nada arrastrará ni mi ternura ni mi mansedumbre la verdad es que con cada hombre que me deja, que me abandona, se gasta, se va deslavando mi ternura y mi mansedumbre, y es entonces cuando detesto mi cuerpo, mi adiposa humanidad que se mueve lenta, que cuando gira es como si girara el mundo y es cuando bajo malhumorada y no soporto las bromas de los clientes y subo antes de la medianoche a mi cama enorme y solitaria y entonces busco todos los vestigios, cualquier cosa que hubiese dejado para tirarlo todo y que no quede nada, nada, de ellos y preparo mi telaraña que no es otra cosa que mis grandes tetas blancas y fláccidas a sabiendas que llegará el día en que no caerá ninguno. Y en Lisboa vas a encontrar por fin ese instante que has venido persiguiendo desde hace años aquí estabas abrigado y alimentado con sopita caliente y sobre todo en tu ego que es de lo que tienen más hambre tú y todos los que son como tú, famélicos

siempre por un halago, uno más por el amor de dios, una alabanza, una muestra de admiración por el amor de dios, qué bonito escribes, qué bonito pintas, qué bonito cantas, qué bonito actúas, y las palomas volando repentinamente en esa ciudad decadente a la que el viento del mar y las cagadas de las palomas desintegran en su pasado fabuloso mientras observas fascinado el tranvía que anuncia una pasta dental con el rostro hermoso de una muchacha y corres huyendo y te sientas en la Brasileira junto a la estatua de Fernando Pessoa y pides un café y encuentras que la gente está en sus discusiones y ya no puedes conectar ni una mirada como cuando eras joven y conectabas miradas y te sucedían cosas y pienso que algo tiene que suceder porque siempre me ha sucedido algo cayendo la tarde, sintiendo que ha llegado el día que nada va a sucederme en el último instante mientras me preparo para bajar a la taberna y comenzar una tarde más de mesera creo que es mi última oportunidad, esa compañía pequeña en la que mi amigo el músico va a introducirme sin que ella se entere, pues tiene miedo que me prefieran a mí por mi juventud y mi talento, y se levanta y va alegremente a comprarme un ramo de flores y carga su estuche en una mano y las flores en la otra y le digo que quiero que venga a vivir conmigo pues estoy enamorado de ella y ella no parece entusiasmada, sólo interesada en la pequeña compañía de teatro, venga, vamos, le digo, a por ello, a presentarte

a esa gente porque estoy harta de trabajar en mis ratos libres para la compañía telefónica en los cruceros con mi leotardo azul ceñido en un estúpido comercial de payasa, pero no hay otra manera de juntar algo de dinero para viajar en el verano por el resto de Europa y ella se va a ir a vivir próximamente con su amante el músico y voy colocando tarjetas en distintos sitios buscando alguien que quiera compartir conmigo el apartamento pues yo no puedo pagarla sola y es entonces cuando me doy cuenta que va a estar en una pequeña compañía independiente. ¿Por qué no me dijo nada? ¿Por qué no me invita? ¿No que era como mi hermana? ¿Tuve miedo de que me escogieran a mí para el papel? Doy vuelta atravesando la Plaza de comercio y entonces lo veo, en mitad de la gran explanada, a un hombre chaparrito, de ojos muy azules, con capa y sombrero de mosquetero y plumas terciadas a la valona, las palomas lo rodean y vuelan sobre de él como si les diera de comer, y la gente que está en la explanada lo ven maniobrar una caja negra montada en un tripié, parece un mago y le digo a ella que ese hombre me despierta unos celos horribles que me hacen revolver el estómago, es un farsante, es un músico malísimo, un inocente, un tonto que se ve en los ojos de los demás disfrazado con su flamante estuche y su gabardina y sus lentes oscuros y su melena y se sueña en la portada de un disco y entonces me dijo el fotógrafo al oído que fue

muy bueno que tú y yo nos separáramos porque ya hacía tiempo que no te fijabas en los detalles de las cosas, que ya hacía tiempo que no buscabas historias, que te aferrabas a mi compañía y te sentabas en tu mesa de trabajo con aparentes bríos creativos mientras yo servía mesas y seguíamos a la caza de becas y recursos que cada día se nos hacía más y más difícil conseguir a la espera de ese gran futuro que estaba cada vez, cada vez, cada vez, más lejos, lejos, porque podíamos estar así entre esos pequeños burgueses llenos de lugares comunes e ideas estereotipadas que nunca leyeron los maravillosos libros que nos hacían sentir diferentes del resto del universo y sentir un poco de lástima y despreciarlos, ¡pero qué asquerosa era la realidad! Vivíamos entre todos esos escritores, todas esas actrices avejentadas sin trabajo, todo ese realismo mágico, toda esa trova boba, toda esa peña anquilosada, todos esos pintores malísimos, todo ese jazz, todo ese Cortázar. ¿Encontraríamos a la Maga? Buscando, todos, todos, una alabanza, la misericordia de un halago, una limosnita de admiración por el amor de dios, una nada, un lo que sea, un algo, algo, sostenidos por la nostalgia de un éxito viejo pero aun así y todo todavía soy capaz de asombrarme. Y entonces doy vuelta por Echegaray y me encuentro con el fotógrafo ambulante bajo el paño negro y no puedo impedir que me tome la fotografía y me veo ahí, retratado, con mis lentes

oscuros, mi melena irisada de canas, mi estuche negro, me gusta la foto para portada de mi disco y se lo digo y ella me pregunta: ¿Es verdad lo de tu disco? Y le digo, ofendido, ya basta, no tengo por qué soportar tus rechazos y me dirijo allá, a Finisterra, al fin de la tierra, y cuando me ve entrar me dice bienvenido, yo nunca te recriminaré nada, yo le diré a todo mundo que los músicos son excéntricos, sí, que eres grandioso, inteligente, bello, talentoso, todo eso que ustedes quieren oír porque soy ese tipo de mujer, la mujer del artista, y cuando cada noche bajes a la taberna te daré de beber todo lo que quieras para que permanezcas ebrio y nunca te vayas y no seas como él, que da vuelta solitario y con frío atravesando la Plaza de comercio y entonces lo ve, en mitad de la gran explanada, al hombre chaparrito, de ojos muy azules, con capa y sombrero de mosquetero y plumas terciadas a la valona, las palomas lo rodean como si les diera de comer y entonces el fotógrafo acciona la cámara que ilumina un flash haciendo ¡plof! con un humo de harina y saca la fotografía húmeda y la coloca en el pico del pajarito de hojalata para que se seque y luego me la extiende y entonces me veo ahí, haciendo ese extraño gesto como si quisiera parar el tiempo: joven, guapa, morena, ilusa, soñadora, y un francés vagabundo me dice al oído: "los pobres siempre viven al ras del suelo fíjese usted, jovencita", y yo extraño las ciudades latinoamericanas

con los niños haciendo alboroto en las calles dándome cuenta que yo también corro peligro de ya jamás volver y vivir para siempre esta vida y el francés dice "en realidad son un negocio, los pobres, piensa en eso, muchacha, sin pobres no hay ricos", y nos dirigimos ella y yo a despedirnos con una copa de vino porque me voy a París ya lo he decidido y la veo con toda su juventud a cuestas, con toda su ilusión a cuestas arreglando sus cosas y le digo que soy un escritor muy famoso pero alguien me interrumpe y al girar la cabeza descubro con horror al fotógrafo ambulante que lleva sus bártulos en la mano y su rostro está muy cerca del mío, veo sus ojillos azules, turbios y casi bizcos, un palillo girando en la boca, el rostro blanco, viejo y afilado, de gesto torcido y me dice no es cierto, eres un pobre diablo, y reconozco que es él, aquel que dijo mi abuelo, un judío errante, inmortal, vestido de mosquetero ridículo, con su cara llena de arrugas, y su vida perseguida por la fatalidad, yo también soñé ¿sabes? Sofré con ser un gran fotógrafo aventurero de National Geographic, un gran fotógrafo de guerra, y lo único que logró fotografiar son las guerritas internas de los corazones rotos de la gente de la calle. Oye, mira, esta foto, mírala bien, es una actricilla fracasada que fotografié en Málaga. ¿Te interesa? Vi las fotografías antiguas que vendía enmarcadas en una cartón imitando el estilo de otro tiempo, pasado y caduco, gente de finales del siglo XX en la vieja Europa,

artistas latinoamericanos, acabados, prematuramente viejos, modelos fallidos de su tiempo, desapareciendo a marchas forzadas, difuminándose en el aire, ni te tomes la molestia, es mejor ser derrotado prematuramente, ni siquiera con las canas asomando en la cabeza, o la caries en la dentadura, o las nubes en la conciencia, o lagunas en la memoria, mejor mirar el mundo desde el purgatorio desde el infierno del muchacho enamorado de la mujer pública que agoniza con sus ojos abiertos, asustados y brillantes y el viejo maquillado que regentea a las putas del burdel gritando "¡recójanse putas, putas carajas!" y correr a esconderte junto con el tropel de putas borrachas y luego intentar escapar cuando el viejo homosexual alcohólico te besa y sientes su aliento podrido y su cara rugosa embarrada de maquillaje, y deambular desesperado por los corredores de una casa parroquial o un convento y saltar una barda de adobe que te lleva a recorrer errabundo las calles de Lisboa antigua a punto ya de incorporarse al futuro, grandioso, inobjetable, posmoderno, virtual, del euro, pensando que todo es un juego, que alguien encenderá la luz y que al encenderse la luz se encenderá otra vez la esperanza y tú volverás a mí y todo volverá a ser como antes cuando soñábamos con el futuro que llegó puntual a esa calle estrecha y solitaria donde comenzó una llovizna y te diste cuenta que la calle estaba demasiado empinada y no sabías cuánto tiempo había transcurrido. ¿Desde

cuándo? ¿Desde que saltaste una barda huyendo de un bar de mala muerte donde mataron a un hombre a cuchilladas? ¿No soñabas pues que te sucedieran cosas como en los libros y las películas? ¿O todas las calles y las historias están ya muy empinadas desde que me dejaste? ¿O te estás poniendo viejo? Viejo y borracho como Malcolm Lowry, borracho y payaso como Hemingway, y te sostendrás de milagro en un poste, resbalarás y pensarás que te gustaría volver a verme, y te veré ahí, en la foto del judío errante, guapa que fuiste, deteriorada por los sueños perdidos, entrada en tu madurez sirviendo mesas todavía con un rostro interesante de actriz atormentada, desaprovechada por directores y dramaturgos de todo el mundo, llevando a la casa de empeño todas tus cosas, todas, para irte de aquí y comenzar otra vez en alguna parte y caíste pesadamente en la calle donde pasa el primer tranvía de Lisboa a ninguna parte y decidiste ir a la invernal y solitaria playa de la Malagueta a limpiarte con la brisa del mar ya sin nada en las manos, nada, porque todo acabó de verdad y entonces, resignada, quise levantarme de la banca pero no pude, quise olvidar que un día quise ser algo, pero no pude ¡Al diablo con todo!, dije, y me oriné, y sentí los orines tibios escurrriendo entre mis piernas, entre mis topas y conforme escurrían en la banca iba invadiéndome la gran paz y te conté que me había cortado el pelo y que veía el mar azul a lo lejos,

que el viento frío pasaba, que estaba llegando el invierno
y mi cuerpo se relajó y emitió un suspiro de placer como
la esposa después del compromiso conyugal
disponiéndose a dormir y en esa liberación me llegó por
fin el anhelado descanso, aquella idea que
compartíamos, aquella idea que perseguiamos, huyendo
aterrados del fantasma del fracaso y entonces, los que
iban pasando, al verme orinada, al ver el color de mi
piel, me dijeron, orientándose sobre lo que tenía que
hacer en el futuro:

-¡Regrésate a tu cochino país, sudaca!